

## La biblioteca del Colegio

Cuenta el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario para llenar cumplidamente el fin que le señaló su fundador, con cuantos medios aconseja la prudencia, suministra el progreso y facilitan los recursos pecuniarios que aún quedan de sus antiguas copiosísimas rentas.

No es entre ellos el menos eficaz, la biblioteca, alzada por singular combinación de circunstancias, en el propio tramo y a continuación de la capilla y precisamente sobre el salón del refectorio, aislada entre las dos alas del claustro, lejos del bullicio callejero, como para mejor caracterizar su elevado destino y favorecer el goce del beneficio con que brinda a los hijos de nuestra *Alma Mater*.

A aquel almáximo de ideas, verdadera ciudadela del saber, suben varios siglos há, desde el aristócrata que vistió beca colegial cuando el Virreinato, hasta el modesto provinciano de hoy, demócrata por necesidad o por ambiente, a columbrar, desde las páginas austeras del libro, el panorama de la humanidad que piensa y lucha y que, halagada en los comienzos por la perspectiva de una trayectoria ilimitada, advierte en ocasiones que sólo ha conseguido perpetuarse en un infranqueable círculo de ignorancias y dudas.

De ese fanal levantado bajo la benignidad del cielo austral, se han derramado sobre el claustro, sobre la República y sobre los hogares colombianos los principios tutelares de la política en su clásica aceptación de ciencia de regir a los pueblos; las prácticas probadas de toda agrupación que confía al orden la salvaguardia del derecho; las normas inmutables a que obedece toda renovación útil y sana, y el estímulo oportuno para realizar nobles empeños. Esto y más abona la biblioteca del Mayor, que, como las restantes dependencias, vive del espíritu informador del Instituto, emana-

ción fecunda de ese otro Espíritu de Sabiduría y Amor que tiene por trono a nuestra señora y Patrona, la bondadosa *Bordadita*.

Fiel al evangélico lema que, en la portada de la REVISTA, campea al pie del escudo, el Colegio conserva con veneración lo que vale, no por viejo sino por bueno, y abre su ancha puerta a cuanto nuevo venga sin aires ampulosos de violencia o de moda. El llenzo que preside la casa es el mismo ante el que oró el Ilustrísimo señor de Torres, a cuyo rededor se ha congregado en tres centurias la familia rosarista, de donde irradiaron las esperanzas que iluminaron la lobreguez de la antecámara del cadalso en los días del Terror y en cuya bordadura delicadamente trabajada por regias manos de mujer, se han entrelazado los más gloriosos hilos de nuestra historia independiente. Retocar la imagen o arrancarla a su sitio, a más de ingratitud, argüiría doble profanación. Sustituír por mármoles, aunque fueran de Paros, las gradas por donde «descendió Caldas al patíbulo para ascender a la inmortalidad», rayaría en sacrilegio de lesa Patria. Trocar los muros que han contenido tanta gloria, en soportal de lonja, sería obra de libertos renegados.

Por las lujosas vitrinas de la biblioteca se alinean con decoro, junto a los nueve incunables (el más antiguo de 1473), la Historia Universal de Oncken; al lado del estropeado pergamino, las recientes Enciclopedias, síntesis de los conocimientos actuales; codeándose con las producciones medioevales del Angélico, los minúsculos productos de nuestras prensas criollas; al costado de *El orejón ingenuo*, un tomazo de levas de Colombia; la Biblia y los clásicos del Atica y de Roma, con el último número del *Diario Oficial* y, amparadas por las Pandectas, las tesis de nuestros últimos doctores.

Cuanto de materia religiosa o filosófica, de arte y de lingüística, de ciencias y de literatura, de historia o ma-



temáticas ha salido estampado, tiene en sus plúteos algún representante, venido, no importa de qué país o de qué siglo; porque la verdad es una y se desarrolla, no se inventa.

Bajo de estos auspicios, más de una treintena de muchachos vigorosos y soñadores, acude a espigar en torno al macizo atril todas las tardes, atraídos por el brillo de nuestros escritores del siglo de oro o por la proyección de las figuras históricas de mayor relieve o bien por las pasmosas revelaciones de la ciencia contemporánea.

Y toda aquella reserva de ideas, sentimientos y experiencia llegará al hogar con el espigado mozo, trocada en aspiración benéfica para el mejoramiento de las condiciones familiares; en impulso para el ensanche del terruño querido y, más adelante, subirá hasta la administración pública a llevar savia fresca al árbol de la libertad, a reforzar el basamento de la justicia, a decir a las gentes la palabra orientadora y a cooperar en la empresa de la fraternidad universal.

Fue la Biblioteca del Colegio del Rosario la primera entre las del país, en seguir la reforma implantada con tan buen suceso en nuestra Biblioteca Nacional; adoptó para la clasificación el sistema decimal y, aparte del catálogo topográfico, emprendió el metódico y el de autores en tarjetas o fichas movibles; simplificó y amplió el servicio de préstamo de libros reduciendo los peligros de extravío sin fomentar dificultades para su consulta; contramarcó los volúmenes con heráldico ex-libris y distribuyó por orden de formato los siete millares de obras de que consta, en vistosas estanterías de cedro, protegidas de vidrios.

Como un oasis ignorado en pleno riñón de la ciudad; como un refugio en el naufragio de espiritualidad que presenciamos, la biblioteca acoge a los contados que

conservan aún viva la fe en el triunfo de la idea sobre las fuerzas instintivas y ciegas de la naturaleza.

Cuando deja el recinto el último lector y empiezan a filtrarse por los opacos tragaluces, las últimas claridades de la tarde, parece que las sombras de los lectores de antaño, de los viejos rectores que modelaron la república, de los mártires de la patria y de antiguos bibliotecarios, asoman sus figuras esfumadas, bajo los artesones amarillentos, para solazarse en el feliz avance de la institución, mientras rasgando la penumbra, traspone el barandal la silueta del joven Rector que viene tal vez a compulsar una cita o a desentrañar un epígrafe para la homilía del próximo domingo.

Como en los yacimientos subterráneos, en las bibliotecas duerme el porvenir de las naciones.

LUIS ENRIQUE FORERO

